

Queridos hermanos y hermanas: nos encontramos reunidos en esta casa de la Madre, en este santuario que abraza la fe sencilla de nuestro pueblo peregrino. Aquí llegan tantos con sus historias auestas: alegrías y cansancios, búsquedas y heridas, sueños y nostalgias. Hoy traemos especialmente la vida de quienes están en camino, migrantes e itinerantes, rostros concretos del Señor que sigue pasando por nuestra historia.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos sitúa con claridad en lo esencial. El apóstol Pedro nos exhorta: “Ámense intensamente unos a otros... practiquen la hospitalidad sin quejas” (cf. 1 Pe 4,7-13). No se trata de una recomendación secundaria, sino del corazón mismo del Evangelio. La hospitalidad es el modo concreto en que la fe se vuelve carne, gesto, cercanía. Quien vive abierto al hermano reconoce que cada persona que llega no es una carga, sino una visita de Dios. En el que golpea la puerta, en el que busca trabajo, en el que carga su historia de desarraigo, el Señor mismo se hace presente. Allí se juega la autenticidad de nuestra vida cristiana.

El Evangelio nos ofrece dos imágenes fuertes que nos interpelan. Por un lado, la higuera llena de hojas pero sin fruto. Por otro, el templo que Jesús purifica. Ambas escenas nos advierten contra una fe que se queda en lo exterior, en lo aparente, en lo cómodo. La higuera tenía aspecto de vida, pero estaba vacía. También nosotros podemos correr ese riesgo: sostener estructuras, repetir palabras, pero sin que brote la novedad del amor concreto. El Señor espera frutos, no apariencias; gestos reales, no solo intenciones.

Cuando Jesús entra al templo, recuerda su sentido más profundo: “Mi casa será casa de oración para todos los pueblos”. No para algunos, no para los de siempre, no para los que encajan, sino para todos. Allí se revela el deseo de Dios: una humanidad reconciliada, donde nadie quede afuera. Entonces la pregunta surge inevitable: ¿nuestras comunidades reflejan ese deseo? ¿Son espacios donde cualquiera puede sentirse recibido? ¿O, sin darnos cuenta, levantamos muros invisibles que excluyen?

Ustedes, agentes de la pastoral de migrantes e itinerantes, viven esta pregunta en primera persona. Su misión los lleva a las fronteras, no solo geográficas, sino también humanas y existenciales, donde la dignidad es herida, donde la incertidumbre pesa, donde la identidad se vuelve frágil. Es precisamente allí donde el Evangelio se vuelve palpable: en una escucha

paciente, en un gesto sencillo, en una mesa compartida, en una comunidad que se hace cercana... son signos pequeños, pero cargados de Reino.

Hay una sabiduría profunda en el camino compartido. Quien se reconoce peregrino aprende a vivir con lo necesario, a confiar, a valorar cada encuentro. Y desde esa conciencia, el otro deja de ser extraño para convertirse en hermano. También nosotros estamos de paso, nadie posee definitivamente esta tierra, vamos hacia la casa del Padre. Esta certeza nos libera y nos vuelve más disponibles, compasivos, abiertos: somos ciudadanos globales.

El Evangelio nos invita además a sostener esta misión desde dos pilares: la fe y el perdón. Una fe que no se reduce a palabras, sino que se atreve a mover lo que parece inamovible, prejuicios, temores, indiferencias. Y un corazón reconciliado, capaz de perdonar, de no endurecerse, de volver a empezar. Sin esa profundidad interior, el compromiso se desgasta. Con ella, en cambio, incluso lo pequeño adquiere una fuerza transformadora.

Ponemos todo en manos de nuestra Madre de Luján. Ella conoció el camino, la incertidumbre, la intemperie. Supo lo que significa no tener lugar y sin embargo permaneció confiada, disponible, fecunda. Que en este tiempo, marcado por tantos desplazamientos y búsquedas, podamos ser una Iglesia que camina con otros, que no se instala, que no se encierra, que sabe hacerse cercana. Una Iglesia que, con gestos sencillos y corazón abierto, se vuelve casa y familia para todos.

Que sepamos reconocer en cada migrante una presencia que nos evangeliza, en cada itinerante una historia sagrada, y en cada encuentro una oportunidad para ensanchar la fraternidad. Sigamos caminando juntos, con esperanza serena y compromiso concreto, sembrando paz allí donde estemos.